

Christopher White Bahamondes:
**“La seguridad es justicia social y la inseguridad
es un sello de nuestra desigualdad”**

Discurso del alcalde de San Bernardo en la Conferencia Nacional Programática “Eugenio González Rojas”, del Partido Socialista de Chile, realizada el 22 de agosto de 2026 en San Bernardo, bajo la organización del Comunal San Bernardo del PS.

San Bernardo, 22 de agosto de 2026.

Quiero partir esta reflexión desde un lugar concreto: San Bernardo.

No desde una discusión académica sobre seguridad ni desde las encuestas. Tampoco desde la comodidad de las consignas. Quiero hacerlo desde lo que significa gobernar todos los días una de las comunas más grandes y populares de Chile, y desde las contradicciones que esa experiencia también me ha obligado a enfrentar como socialista.

Porque gobernar un territorio como San Bernardo cambia la manera en que uno mira el país.

Los dos Chile.

En Chile seguimos viviendo una profunda injusticia territorial. Existe un Chile A y un Chile B.

Hay un Chile donde las familias pueden elegir dónde vivir, pagar seguridad privada, trasladarse en automóvil, acceder rápidamente a servicios y alejarse de un barrio cuando sienten que las condiciones empeoran.

Y existe otro Chile.

El de las personas que salen de madrugada a esperar una micro. El de las madres que necesitan que la plaza sea segura porque no tienen un patio de cientos de metros cuadrados. El de los trabajadores que vuelven de noche caminando desde un paradero. El de los niños cuyo espacio de encuentro es la calle, la cancha o la sede del barrio.

Son personas que no pueden simplemente cambiarse de comuna cuando el narcotráfico empieza a instalarse.

Y cuando el Estado retrocede en esos territorios, la desigualdad se vuelve todavía más brutal.

Cuando retrocede el Estado, avanzan otros. Avanza el narcotráfico. Avanzan las armas. Avanza el miedo. Y comienzan a aparecer lugares donde las reglas de convivencia ya no las determina completamente nuestra democracia, sino quienes tienen capacidad de intimidar a los vecinos.

Por eso he llegado a una convicción que quiero plantear con mucha claridad ante mi partido: la seguridad también es justicia social.

Una discusión incómoda para nuestra izquierda

Hace dos años planteé, incluso ante el Presidente Gabriel Boric, que Chile debía discutir un rol acotado de las Fuerzas Armadas frente a determinadas dimensiones de la crisis de seguridad.

Hubo compañeros que discreparon legítimamente. Pero también hubo quienes caricaturizaron esa posición.

Parecía que pronunciar palabras como autoridad, orden o Fuerzas Armadas significaba automáticamente acercarse a la derecha.

Nunca fue eso.

Vengo de una tradición política que conoce perfectamente lo que significa cuando la fuerza del Estado se utiliza sin límites democráticos. Nuestra historia como socialistas explica muchas de nuestras aprensiones.

No propongo olvidar esa historia.

Propongo aprender también de ella.

Precisamente porque sabemos lo que significa una fuerza estatal sin límites, los socialistas tenemos que ser capaces de construir una doctrina democrática sobre el ejercicio legítimo de la fuerza.

Represión política y persecución de la delincuencia no son lo mismo.

Violar los derechos humanos y detener a quienes aterrorizan una población no son lo mismo.

Utilizar al Estado para perseguir las ideas de una persona y utilizar las capacidades democráticas del Estado para impedir que un narcotraficante controle un barrio no son moral ni políticamente equivalentes.

La izquierda no puede abandonar esa distinción.

No creo en una sociedad militarizada. Estoy muy lejos de eso

Tampoco creo que un soldado pueda reemplazar a un profesor, que una patrulla pueda reemplazar una política pública a favor de la infancia o que una cárcel pueda solucionar aquello que durante décadas no solucionaron nuestras políticas sociales.

Creo profundamente en la prevención.

Creo en recuperar a nuestros niños antes de que los capture el narcotráfico.

Creo en mejores escuelas, mejores barrios, salud mental, deporte, cultura, recuperación de espacios públicos y oportunidades reales para las familias.

Pero después de estos años como alcalde también he aprendido algo: prevenir no significa renunciar a ejercer autoridad.

Cuando una organización criminal se instala en un territorio, utiliza armas, amenaza vecinos o recluta niños, el Estado democrático tiene la obligación de enfrentarla.

Y debe hacerlo con toda la capacidad que la democracia le permita: policías profesionales, inteligencia, persecución patrimonial, municipios fortalecidos y, cuando las circunstancias excepcionales lo justifiquen, otras capacidades del Estado con funciones específicas, reglas claras, mando civil y pleno respeto a los derechos fundamentales.

Eso no debilita nuestra identidad socialista.

La reafirma.

Porque la primera obligación de quienes decimos representar a los sectores populares es impedir que sean abandonados.

También quiero que recuperemos una palabra que durante demasiado tiempo dejamos casi exclusivamente en manos de otros: libertad. La libertad también debe formar parte del vocabulario socialista

¿Qué significa la libertad para una familia trabajadora?

Libertad es poder caminar hacia el paradero a las seis de la mañana sin miedo.

Libertad es que una mujer pueda volver de su trabajo durante la noche.

Libertad es que un comerciante pueda abrir su negocio sin pagarle a una organización criminal.

Libertad es que un niño pueda ocupar una plaza sin encontrarse con alguien intentando reclutarlo.

Libertad es que ninguna banda pueda determinar a qué hora los vecinos pueden utilizar su propio barrio.

Por eso no quiero reemplazar el toque de queda impuesto por los narcotraficantes por un toque de queda impuesto por el Estado.

Quiero recuperar el territorio para devolvérselo a los vecinos.

Esa debe ser nuestra diferencia.

La autoridad democrática no tiene como finalidad controlar la vida de las personas. Tiene como finalidad permitir que las personas recuperen el control sobre sus propias vidas.

El código postal no puede determinar la dignidad

Esta discusión tampoco puede separarse de otra batalla que hemos dado desde San Bernardo: la desigualdad territorial.

En nuestra Región Metropolitana bastan algunos kilómetros para cambiar radicalmente la calidad de vida de una persona.

Cambia la cantidad de áreas verdes.

Cambia la presencia policial.

Cambia el acceso al transporte.

Cambian los servicios municipales.

Cambian las oportunidades.

Incluso cambia la expectativa de vivir tranquilo.

Eso también es desigualdad.

Y por eso he defendido mecanismos redistributivos como el Fondo Común Municipal y he insistido tantas veces en que comunas como San Bernardo necesitan una presencia mucho mayor del Estado.

No queremos privilegios.

Queremos un piso común de dignidad.

Porque si aceptamos que la calidad de los servicios públicos, la seguridad y hasta la posibilidad de disfrutar de una plaza dependan del código postal donde nació una persona, entonces estamos aceptando que existen ciudadanos de primera y segunda categoría.

Ese Chile A y ese Chile B son incompatibles con aquello que históricamente hemos defendido los socialistas.

Hay un ejemplo que para nosotros en San Bernardo resume buena parte de esta discusión: el Cerro Chena.

Durante años se invirtieron enormes recursos públicos para recuperar este espacio y convertirlo en un parque de alto estándar para la zona sur de Santiago.

Y hoy enfrentamos una paradoja difícil de explicar a nuestros vecinos: el Estado fue capaz de invertir para construirlo, pero no ha sido capaz de garantizar los recursos necesarios para mantenerlo.

Desde San Bernardo hemos tenido que luchar para conseguir esos recursos.

Y no estamos pidiendo un privilegio.

Estamos haciendo una pregunta profundamente política: ¿por qué aquello que parece natural en algunos sectores de Santiago se

transforma en una batalla permanente cuando se trata de una comuna popular?

¿Por qué una familia de San Bernardo tendría que aceptar que sus parques se deterioren mientras en otras comunas existen los recursos suficientes para mantener espacios públicos de primer nivel?

¿Por qué el lugar donde una persona nació debería determinar la calidad del parque donde juegan sus hijos?

Eso también es desigualdad.

Y también es seguridad.

Porque la seguridad no empieza solamente cuando llega una patrulla.

Un espacio público cuidado, iluminado, utilizado por las familias y ocupado por la comunidad también produce seguridad.

Un parque lleno de niños, deportistas, personas mayores y familias es un territorio recuperado para la convivencia.

En cambio, cuando el Estado abandona esos lugares, comienza un círculo que conocemos demasiado bien: deterioro, abandono, miedo, pérdida del espacio público y finalmente pérdida del territorio.

Por eso la discusión sobre el Cerro Chena es mucho más que una discusión presupuestaria.

Es una discusión sobre qué ciudad queremos construir y quién tiene derecho a disfrutarla.

No podemos acostumbrarnos a que las áreas verdes de calidad, los parques bien mantenidos y los espacios públicos seguros sean privilegios asociados al lugar donde una persona vive.

Un niño de San Bernardo tiene exactamente el mismo derecho a crecer rodeado de espacios públicos dignos que un niño de cualquier otra comuna de Santiago.

Y eso nos obliga a ampliar nuestra manera de entender la desigualdad.

La desigualdad territorial no se mide solamente en ingresos. Se mide en cuántos policías llegan a un barrio, cuánto demora una ambulancia, cómo funciona el transporte público, qué oportunidades tiene una escuela y también en qué ocurre con la plaza, el parque o el cerro que tiene una familia frente a su casa.

Si creemos realmente en la igualdad, tenemos que llevarla al territorio.

Porque la dignidad no puede terminar donde comienza un determinado código postal.

El socialismo nació para enfrentar desigualdades concretas, no para administrar categorías abstractas.

Y cada generación tiene que ser capaz de reconocer cuáles son las injusticias de su tiempo.

Hoy la violencia y el crimen también producen desigualdad.

El narcotráfico no golpea de la misma manera a todos.

La ausencia policial no afecta de la misma manera a todos.

El deterioro de un parque no afecta de la misma manera a todos.

La pérdida de un espacio público no significa lo mismo para quien tiene alternativas que para quien depende de ese espacio.

Porque quien tiene recursos puede comprar muchas de las cosas que el Estado deja de entregar.

Puede pagar seguridad.

Puede pagar transporte.

Puede cambiar a sus hijos de colegio.

Puede mudarse.

Puede pagar un club, un gimnasio o viajar para acceder a áreas verdes.

Las familias populares no pueden privatizar su calidad de vida.

Por eso necesitan un Estado que funcione.

Y ahí existe, a mi juicio, una tarea profundamente socialista.

No necesitamos copiar el discurso de la derecha.

Necesitamos construir nuestra propia respuesta socialista a la inseguridad y al abandono territorial.

Una izquierda que prevenga, pero que también proteja.

Una izquierda que rehabilite, pero que también persiga.

Una izquierda que construya parques y que sea capaz de mantenerlos.

Una izquierda que recupere espacios públicos y que después tenga la capacidad de defenderlos.

Una izquierda que defienda irrestrictamente los derechos humanos y que precisamente por eso defienda el derecho de las familias trabajadoras a vivir sin miedo.

Una izquierda que entienda que la autoridad democrática no es autoritarismo.

Y una izquierda que vuelva a ser reconocida por algo muy sencillo: estar al lado de quienes más necesitan al Estado.

Desde San Bernardo, no planteo estas ideas para decir que hace dos años yo tenía razón.

No me interesa esa discusión.

Las circunstancias cambian, las sociedades cambian y nosotros también tenemos la obligación de aprender.

Lo que me interesa es algo mucho más importante.

Quiero que mi partido vuelva a discutir estos temas sin complejos.

Que podamos hablar de seguridad sin sentir que estamos utilizando palabras prestadas.

Que podamos hablar de autoridad sin renunciar a nuestra historia.

Que podamos defender a las víctimas sin abandonar las garantías democráticas.

Que volvamos a hablar de libertad desde la izquierda.

Y que entendamos que la desigualdad no termina en el ingreso de una familia: también está en el territorio donde esa familia desarrolla su vida.

Por eso San Bernardo importa.

Porque desde comunas como la nuestra se puede observar con especial claridad el país que todavía tenemos que transformar.

El Chile A y el Chile B no son una metáfora.

Se ven en las calles.

Se ven en la distribución de policías.

Se ven en los tiempos de viaje.

Se ven en las oportunidades de nuestros niños.

Se ven en nuestros parques.

Y se ven también en la pelea que hemos tenido que dar para que un lugar como el Cerro Chena pueda mantenerse con la dignidad que merecen las familias de la zona sur.

No quiero una izquierda obligada a elegir entre igualdad y seguridad.

Quiero una izquierda que entienda que sin seguridad tampoco hay igualdad, que sin autoridad democrática tampoco hay libertad y que donde el Estado abandona el territorio tampoco puede existir verdadera justicia social.

Esa es la reflexión que quiero aportar desde San Bernardo.

No para alejarnos de nuestras convicciones.

Para volver a encontrarnos con la razón por la que alguna vez las abrazamos.